nando á los acreedores que perdonasen á sus deudores y á los señores que diesen libertad á sus esclavos; llegó á mandar reprimendas á los ministros y á dar consejos al emperador. — Este género de vida se llamaba *ascetismo* (ejercicio).

Los cenobitas. — Los solitarios que vivían en el mismo desierto se reunieron para practicar en común las austeras prácticas de su vida. Ya en torno de San Antonio se habían juntado muchos anacoretas que seguían sus instrucciones. San Pacomio (272-348) reunió 3.000, que se instalaron en Tabenna, cerca de la primera catarata del Nilo. Además, se fundaron otras muchas comunidades análogas, de hombres y de mujeres. Un viajero cuenta que el año 356 vió en una sola ciudad de Egipto 10.000 monjes y 20.000 religiosas. También las hubo en Siria, en Palestina y en todo Oriente. Los solitarios reunidos pasaron á ser *cenobitas* (gentes que viven en común). Elegían un jefe, el *abad*, de una voz siria qui significa padre, y le obedecían enteramente. Casiano vió en una comunidad de Egipto que el abad dió en pleno refectorio una fuerte bofetada á un cenobita para poner á prueba su paciencia. Los solitarios primitivos renunciaban á la propiedad y á la familia; los cenobitas renunciaron además á su voluntad. Al entrar en el instituto, se comprometían á no poseer nada, á no tomar esposa y á obedecer. « Los monjes, dice San Basilio, viven vida espiritual como los ángeles. » — Los cenobitas se reunieron primeramente construyendo sus cabañas unas al lado de otras. Más tarde edificó cada comunidad una gran casa, el *monasterio*, donde tuvo el monje su celda particular. Un cristiano compara esas mansiones con « una colmena de abejas en que todos tienen en las manos la cera del trabajo y en

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

la boca la miel de los salmos y de las oraciones. » Esas instituciones necesitaban un reglamento escrito, que se llamó *regla monástica*. San Pacomio fué el autor de la primera; San Basilio redactó otra que adoptaron casi todos los monasterios de Oriente.

XXVI. — EL BAJO IMPERIO.

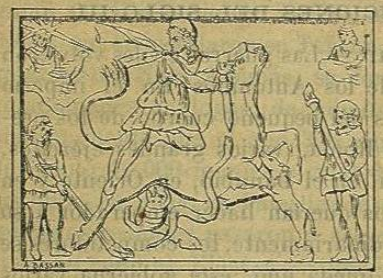
BOISSIER, *La religión romana*. — DURUY, *Historia de los romanos*. — CANTÚ, *Historia universal*.

LAS REVOLUCIONES DEL SIGLO III.

La Anarquía militar. — Las guerras civiles volvieron á empezar después de los Antoninos. En el imperio había entonces, á más del pequeño cuerpo de los pretorianos residente en Roma, varios grandes ejércitos, acampados en el Rhin, en el Danubio, en Oriente y en Inglaterra. Todos ellos querían hacer emperador á su respectivo general. Ordinariamente, los competidores se baten hasta que sólo queda uno; éste gobierna varios años y al fin es asesinado (1), ó si por casualidad muere naturalmente en el trono, los soldados se levantan contra su hijo, empezando de nuevo la guerra. — Como ejemplo puede citarse lo que pasó en 193. Los pretorianos habían muerto al emperador Pertinax y entonces sacaron á subasta el mando supremo. Sulpiciano ofrecía mil pesos por soldado; pero Didio llegó á más de mil doscientos. Así fué que los pretorianos llevaron á este último al senado y lo hicieron elegir emperador; mas, no pudo pagar la suma ofrecida y lo asesinaron. Al mismo tiempo, los tres grandes ejércitos de Bretaña, de Iliria y de Siria proclamaban emperadores á sus jefes y todos se ponían en marcha sobre Roma. Las primeras en llegar fueron

(1) Entre los siglos primero y tercero, de 45 emperadores murieron asesinados 29.

las legiones de Iliria y Septimio Severo que las mandaba recibió de los senadores la investidura imperial. Entonces empezaron dos sangrientas guerras, una contra las legiones de Siria y otra con las de Bretaña. Severo las venció en una lucha de dos años. Este soberano resumía su política diciendo : « Hijos míos, tened contentos á los soldados y reíos de lo demás. » Efectivamente, durante un siglo no hubo más regla de gobierno que la voluntad de las tropas; éstas daban muerte á los emperadores que no les gustaban y ponían otros en su lugar.



Munumento en honra de Mitra.

Esa época vió soberanos extravagantes : Eliogábalo, sacerdote sirio, que se vestía de mujer y permitía que su madre reuniese un senado femenino; Maximino, soldado de fortuna, gigante bárbaro y sanguinario, que se comía. según parece 30 libras de carne y se bebía 20 litros de vino al día. Una vez hubo al mismo tiempo veinte emperadores en distintos puntos del imperio (260-278); el pueblo los llamó los *Treinta tiranos*.

El culto de Mitra. — Ese siglo de guerras lo fué también de supersticiones. Isis, Osiris, todas las deidades de Oriente tienen adoradores; pero el dios universal del Imperio puede decirse que fué uno de origen persa, Mitra, imagen del Sol. Los monumentos erigidos en honra suya, que se encuentran en las distintas provincias del imperio (1), lo representan conteniendo á un

(1) En el Museo del Louvre hay varios.

toro, con esta inscripción : « Al sol invencible, al dios Mitra. » Su culto es complicado y en ciertos puntos análogo al cristiano : hay en él un bautismo, comidas sagradas, una unción, penitencias y capillas. Para ser admitido en él se necesita una iniciación, ayunar, y someterse á pruebas espantosas.

La religión de Mitra fué, á fines del siglo III, el culto oficial del Imperio. El *Dios invencible* era adorado por los emperadores; en todas partes tenía capillas, en forma de grutas, con altares y bajo-relieves. Aureliano le erigió en Roma un templo magnífico.

Los tauróbolos. — Una de las necesidades mayores de la época parece haber sido la de reconciliarse con la divinidad; así es que se inventan ceremonias de purificación. La más singular es el *tauróbolo*. El fiel, vestido con una túnica blanca cubierta de adornos dorados, se coloca en el fondo de una fosa, que cierran sobre su cabeza por medio de un tabladillo lleno de agujeros. Allí se lleva un toro, que el sacerdote mata, dejando que corra su sangre á través de los agujeros, para ir á inundar el traje, el rostro y la cabellera del creyente. Ese « bautismo de sangre » tenía la virtud de lavar las culpas. El que lo recibía nacía á vida nueva; cuando salía de la fosa presentaba aspecto repugnante; pero él se consideraba feliz y las gentes envidiaban su suerte.

Confusión de las religiones. — En ese siglo anterior á la victoria del cristianismo, acaban de mezclarse y confundirse las religiones paganas. El Sol es adorado al mismo tiempo con este nombre y con los de Helios, Baal, Eliogábalo y Mitra. Esos cultos copian mutuamente sus ceremonias y en ocasiones imitan las de los cristianos. Hasta se habían apropiado en cierto modo

la vida de Cristo. El filósofo asiático Apolonio de Tiana, que vivió en el siglo I (3-96), se había convertido para las gentes en una especie de profeta legendario, hijo de un dios, que recorría el mundo con sus discípulos, ahuyentando á los demonios, curando á los enfermos y resucitando á los muertos. Decíase que había venido á reformar la doctrina de Pitágoras y la de Platón. En el siglo III mandó una emperatriz que se escribiera la vida de Apolonio, para hacer de ella como un evangelio pitagórico frente al cristiano. — El ejemplo más característico de esta confusión religiosa lo dió Alejandro Severo, emperador honrado, concienzudo y de excelente carácter, quien tenía en su palacio una capilla donde veneraba á los bienhechores de la humanidad : Abrahán, Orfeo, Jesús y Apolonio de Tiana.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

EL RÉGIMEN DEL BAJO IMPERIO.

Reformas de Diocleciano y de Constantino. — Al cabo de un siglo de guerras civiles hubo al fin emperadores que lograron poner término al desorden; éstos fueron hombres del pueblo severos y activos, soldados de fortuna que llegaron de grado en grado hasta el puesto de generales en jefe y luego á la magistratura suprema. Casi todos ellos (1) eran oriundos de las provincias semibárbaras del Danubio y de Iliria; algunos habían sido en sus primeros años pastores ó mozos de labranza. Así es que tenían las costumbres sencillas de los antiguos generales romanos. Cuando los mensajeros del rey de Persia pidieron que se les llevase á presencia de Probo, se encontraron con un anciano calvo, vestido

(1) Claudio, Aureliano, Probo, Diocleciano, Maximino, Galerio, Constancio y Constantino.

con una túnica de lana, que estaba sentado en el suelo comiendo guisantes y tocino. Era á cinco siglos de distancia la historia de Curio Dentato.

Estos emperadores restablecieron á fuerza de severidad la disciplina en el ejército y el orden en el imperio; pero con todo, era necesaria una revolución, que consistió en lo siguiente :

1°. Como un solo hombre no era suficiente para gobernar tan inmenso territorio, en adelante el emperador tomó en su familia ó entre sus amigos dos ó tres colaboradores, cada uno de los cuales se encargaba de administrar parte del imperio. Su título ordinario era el de *César*, pero en ocasiones hubo dos emperadores iguales que llevaban ambos el título de *Augusto*. Cuando moría el soberano, lo reemplazaba uno de los Césares : ya los ejércitos no pudieron seguir nombrando emperadores.

2°. Como las provincias eran demasiado grandes, Diocleciano las dividió;

3°. Como los pretorianos de Roma eran peligrosos, Diocleciano los sustituyó por dos legiones;

y 4°. Como el Occidente estaba arruinado y despoblado, el Oriente pasó á ser la parte más importante del imperio. Diocleciano abandonó Roma y fué á establecer su capital en Nicomedia, población del Asia Menor. Constantino hizo más, pues fundó en la parte oriental una nueva Roma, Constantinopla.

Constantinopla. — Unos colonos griegos fundaron la ciudad de Bizancio en un promontorio donde Europa sólo está separada de Asia por el estrecho canal del Bósforo, y en un país de hermoso cielo, ricos viñedos y abundantes mieses. Las colinas que la rodeaban hacían fácil su defensa; su puerto, el *cuerno de oro*, uno de los

mejores del mundo, podía albergar 1200 navíos, y una cadena de 250 metros de largo bastaba para cerrarlo contra los ataques de una escuadra enemiga. Ese fué el punto elegido por el emperador para edificar la ciudad á que iba á dar su nombre, Constantinopla. Rodeáronla de fuertes baluartes é hicieron en ella dos plazas monumentales rodeadas de pórticos, construyendo además un palacio imperial, un circo, teatros, acueductos, termas, templos y una iglesia cristiana. Constantino adornó su ciudad con estatuas y bajos relieves célebres, y para poblarla, trasplantó por fuerza á su recinto la población de las ciudades vecinas, ofreciendo recompensas y honores á las grandes familias que fuesen á instalarse en ella; por otra parte, organizó como en Roma distribuciones de trigo, de vino, de aceite y espectáculos incesantes. Fué una de esas creaciones rápidas, casi fantásticas, como gustan en Oriente. Los trabajos empezaron el 4 de Noviembre del año 326, y el 11 de Mayo de 330 se celebraba la consagración; pero Constantinopla no fué una creación efímera. Durante diez siglos resistió á todas la invasiones, conservando en medio de las ruinas del imperio romano su categoría de capital. Todavía hoy es la primera ciudad de Oriente.

El palacio. — Los emperadores de Oriente (1) adoptaron las costumbres asiáticas, y se vistieron con trajes flotantes de seda y de oro, adornando su frente con una

(1) Hubo varias veces dos emperadores, uno de Oriente y otro de Occidente; pero siempre un imperio *único*. Los dos soberanos constituían una sola persona moral, por más que residían separados, en Italia y Constantinopla. Cuando se les hablaba se decía *vos*, como si se dirigiera la palabra á los dos emperadores. De ahí procede e uso del *vos* (*usted*), pues la antigüedad entera hablaba de *tú* hasta á los soberanos.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

diadema de perlas. Encerráronse en sus palacios, sentándose en un trono de oro, rodeados por sus ministros, y separados del pueblo por multitud de cortesanos, de servidores, de funcionarios y de guardias. Había que prosternarse ante ellos en señal de adoración y se les daba el título de *Señor* y de *Majestad*. Tratábaseles como á dioses; cuanto se refería á su persona era sagrado, el *palacio*, la *cámara*, el *consejo de Estado*; hasta el *tesoro* recibía ese calificativo de *sagrado*.

Este régimen es el que ha recibido en la historia el nombre de *Bajo Imperio*, por oposición al de los tres siglos anteriores ó Alto Imperio.

La vida de un soberano del Alto Imperio (siglos I al III) siguió siendo la de un magistrado y de un general; el palacio de un emperador del Bajo Imperio se asemeja á la corte del rey de Persia.

Los funcionarios. — Los funcionarios son ahora mucho más numerosos. Diocleciano consideró demasiado grandes las provincias y las dividió en varios pedazos. Por ejemplo, en la Galia la Lionesa fué dividida en cuatro y la Aquitania en tres. En adelante hubo 117 gobernadores, en vez de 46. Al mismo tiempo se subdividieron los empleos. Junto con los gobernadores y los intendentes hay en las provincias fronterizas comandantes militares, *duques* y *condes*. El emperador conserva á su lado un pequeño ejército escogido para guarnecer su palacio, guardias de corps, chambelanes, intendentes, criados, un consejo de Estado, ujieres, emisarios y numerosos secretarios divididos en cuatro *despachos*.

Estos empleados no reciben órdenes directas del emperador, sino de los funcionarios superiores ó jefes del servicio. Los gobernadores obedecen á los dos *prefectos del pretorio*, los empleados de obras públicas á los dos

prefectos urbanos, los recaudadores de rentas al *conde de las munificencias sagradas*, los intendentes al *conde del patrimonio*, los oficiales á los *maestres de los soldados*, los empleados de palacio al *maestre de ceremonias* y los criados de la corte al *jefe de la cámara sagrada*. Estos funcionarios principales son una especie de ministros.

Nosotros nos damos cuenta sin dificultad de este sistema, pues estamos acostumbrados á ver *funcionarios*, jueces, generales, perceptores, ingenieros, organizados en *servicios distintos*, cada uno de ellos con su misión especial, agrupados bajo las órdenes de un ministro jefe de servicio; y en general los Estados modernos tienen más ministerios de los que había en Constantinopla. Sin embargo, esta organización que ha llegado á hacérsenos familiar porque la conocemos desde la infancia, es complicada y opuesta á la naturaleza de las cosas. El Bajo Imperio dió el primer modelo; el bizantino la conservó y, de entonces acá, todos los gobiernos absolutos han tratado de imitarla, porque facilita la gobernación de los pueblos.

La sociedad del Bajo Imperio. — De modo que el Bajo Imperio constituye un momento decisivo en la historia de la civilización. El poder absoluto del magistrado romano se une allí con el pomposo ceremonial de los reyes de Oriente para constituir un poder de que hasta entonces no había ejemplo en la historia. Esta inaudita majestad aniquila todo en torno suyo; los habitantes del imperio dejan de ser *ciudadanos*; desde el siglo cuarto se les llama en latín *súbditos* (sometidos) y en griego *esclavos*. En efecto, todos pertenecen al emperador; pero en ellos hay categorías ó grados de nobleza que el señor les confiere y que ellos transmiten á sus

hijos. He aquí esa nomenclatura por su orden de mayor á menor (1):

1°. Los *nobilísimos* (muy nobles); constituyen la familia imperial;

2°. Los *ilustres* (brillantes); son los ministros jefes de servicio;

3°. Los *espectables* (considerables); son los altos dignatarios;

4°. Los *clarísimos* (muy gloriosos); son los funcionarios superiores (también los llaman *senadores*);

y 5°. Los *perfectísimos* (muy perfectos).

Todo hombre importante pertenece á alguna de esas categorías y tiene su título y funciones (2). Las únicas personas que valen y significan algo son los empleados y los cortesanos: ese es el reinado de las distinciones y de la etiqueta. Nunca se había visto con análoga claridad adónde puede llevar el poder absoluto unido á la manía de los títulos y al deseo de reglamentar todo. — El Bajo Imperio fué el tipo perfecto de una sociedad convertida en máquina y de un gobierno condensado en la corte. Realizó, pues, el ideal que todavía hoy se proponen los partidarios del poder absoluto; y los amigos de libertad tendrán que luchar por espacio de mucho tiempo aún contra las tradiciones de ese remoto régimen.

TRIUNFO DEL CRISTIANISMO.

Triunfo del cristianismo. — Durante los dos pri-

(1) Sin contar los antiguos títulos, *cónsul*, *pretor*, que se conservaron, y el nuevo de *patricio* que se concedía por favor especial.

(2) Esta organización se conoce por un almanaque oficial del año 419, titulado *Noticia de las dignidades y poderes tanto civiles como militares en el país de Oriente y en el de Occidente*. Cada dignatario tiene allí su artículo especial, precedido por un grabado que representa sus insignias.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

meros siglos de nuestra era, los cristianos ocuparon lugar muy secundario en el imperio, pues casi todos ellos eran gentes del común, obreros, libertos, esclavos, que vivían oscurecidos en la multitud de las grandes ciudades. La alta sociedad ignoró su existencia mucho tiempo; Suetonio, escritor del siglo II, habla de Cristo en su *Historia de los Césares* como de un tal Cristo que agitaba el populacho de Roma. Cuando los ricos y los hombres ilustrados empezaron á darse por enterados de la religión nueva, fué para burlarse de ella, como de una creencia que sólo los pobres y los ignorantes podían seguir, sin comprender que precisamente por dirigirse á los desheredados del mundo, prometiéndoles la compensación de la vida venidera, es por lo que el cristianismo hacía tantos prosélitos. Las persecuciones lo fortalecieron, en vez de aniquilarlo: los fieles decían que « la sangre de los mártires era semilla de cristianos. » Las conversiones continuaron durante todo el siglo III, no ya únicamente entre los pobres, sino también entre los miembros de grandes familias. Oriente entero era cristiano á principios del siglo IV. La madre de Constantino fué una cristiana, Elena, que la Iglesia cuenta en el número de las santas. Ese emperador tomó por insignia en la lucha contra su rival un estandarte, el *lábaro*, con la cruz y las iniciales de Cristo bordadas en él; su victoria fué la de los cristianos, que pudieron en adelante practicar libremente su culto, gracias al edicto de 313, y que no tardaron en ocupar situación privilegiada. Sin embargo, Constantino no rompió con la antigua religión y á la vez que presidía la asamblea general de los obispos cristianos, continuaba usando el título de *Pontífice Máximo;* llevaba en su casco un clavo de la verdadera cruz y dejaba acuñar en sus monedas la imagen del Dios-Sol; y si bien mandó edificar en su capital una

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

iglesia cristiana, también erigió un templo á la *Victoria*. Por espacio de medio siglo fué difícil saber cuál era la religión oficial del imperio.

Organización de la Iglesia. — Los cristianos no habían pensado nunca en derribar el imperio, ni aun en la época de la persecución; así fué que apenas terminó ésta, los obispos se convirtieron en aliados del emperador. Entonces se organizó definitivamente la Iglesia, tomando como modelo el Bajo Imperio, en la forma que conserva todavía. Cada división administrativa tuvo un *obispo* que residía en la ciudad principal de la misma y gobernaba á los fieles de su *diócesis*, nombre que se daba al territorio sometido á su jurisdicción. El número de diócesis y de obispos fué, pues, análogo en el Bajo Imperio al de esas divisiones. Esto explica que en Oriente y en Italia, que estaban llenas de ciudades con su territorio dependiente fuera tan grande el número de obispos y tan pequeñas las diócesis; mientras que en la Galia, entre los Pirineos y el Rhin sólo hubo 120, casi todas ellas tan grandes como un departamento francés actual, menos en el sur. — Las provincias formaron *provincias eclesiásticas;* el obispo de la capital (metrópoli) recibió el calificativo de *metropolitano;* más adelante se le llamó *arzobispo*.

Por encima de todos estaba el obispo de Roma, sucesor del apóstol Pedro, el *Papa*, jefe supremo de la Iglesia.

Los concilios. — En este siglo empezaron las grandes asambleas de la Iglesia, los *concilios*. Antes había habido ya *concilios particulares*, á que asistían los obispos y sacerdotes de una provincia. Constantino fué el primero que convocó, en 324, una *asamblea general de la tierra* (concilio ecuménico) en Nicea, población del Asia Menor;

318 eclesiásticos asistieron á él, discutieron cuestiones teológicas y redactaron la confesión de fe de los católicos, el *símbolo de Nicea*, que los fieles cantan todavía en misa todos los domingos. Después de esto, el emperador escribió á todas las iglesias « que se conformaran con la voluntad de Dios expresada por el concilio. » Este fué el primer concilio ecuménico; sucesivamente se celebraron otros tres, hasta el momento en que la llegada de los bárbaros hizo imposibles las reuniones generales de toda la Iglesia. Los acuerdos de esas asambleas eran leyes para todos los cristianos : se les daba el nombre de *cánones* (reglas) (1). El conjunto de esos preceptos es el *derecho canónico*.

Los herejes. — Desde el siglo II hubo entre los cristianos *herejes* que profesaban ideas opuestas á las de la mayoría de la Iglesia. Los obispos de una misma región se reunieron en distintas ocasiones para poner en guardia á los fieles contra la falsedad de una doctrina, obligar á su autor á renegarla y, si se negaba á ello, para expulsarlo de la comunión cristiana. Solía ocurrir sin embargo que el propagador de la herejía (*heresiarca*) tenía partidarios persuadidos de las máximas por él sostenidas, que se negaban á someterse y continuaban profesando las doctrinas condenadas. Esto era causa de luchas violentas entre ellos y los fieles afectos á las opiniones de la Iglesia (los *oxtodoxos*). Mientras los cristianos se vieron perseguidos y fueron débiles, esos combates se reducían á discursos y escritos; pero cuando la sociedad entera adoptó esta fe, la lucha contra los heterodoxos se convirtió en persecución y á veces en verdadera guerra civil.

(1) Todavía hoy la palabra canónico significa : conforme al canon, á la regla.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. L.

Casi todas las herejías de aquella época tuvieron origen entre los griegos de Asia y de Egipto, gentes sutiles, sofistas y dados á discurrir; en general fueron tentativas para explicar los misterios de la Trinidad y de la Encarnación. La más poderosa de esas doctrinas fué la de Arrio, quien enseñaba que Cristo fué creado por el Padre y no es igual á éste. El concilio de Nicea lo condenó, pero su herejía, el *arrianismo*, se extendió por todo Oriente. Á partir de entonces y por espacio de dos siglos, arrianos y católicos lucharon por el predominio en la Iglesia, y el partido más fuerte destituía, desterraba, reducía á prisión y hasta daba muerte á los jefes del bando enemigo.

Los arrianos llevaron la mejor parte en la lucha mucho tiempo, pues varios emperadores los sostuvieron y cuando los bárbaros entraron en el imperio, se convirtieron á esa secta y defendieron á los obispos arrianos. El catolicismo necesitó más de dos siglos para vencer esa herejía.

El Paganismo. — La antigua religión de los gentiles no desapareció de golpe. Oriente se convirtió pronto; pero en Occidente sólo eran cristianas las ciudades, y aun en ellas seguían adorando los ídolos. Los primeros emperadores cristianos no quisieron romper con la antigua religión imperial; así es que protegían al mismo tiempo á los obispos cristianos y á los sacerdotes de los dioses; presidían los concilios y seguían siendo pontífices máximos. Hasta hubo uno de ellos, Juliano, que quiso restaurar el antiguo culto. El primero que se negó á aceptar las insignias de pontífice máximo fué Graciano en 384. Pero como entonces era general la intolerancia, apenas dejó de ser oficial la religión romana, empezaron á perseguirla. El fuego sagrado que desde

hacía tantos siglos ardía en Roma fué apagado y expulsadas las vestales; los últimos juegos olímpicos se celebraron en 394. Entonces salieron de sus desiertos los solitarios egipcios para destruir los altares de los falsos dioses y poner reliquias en los santuarios de Anubis y de Serapis. Un obispo de Siria, Marcelo, se puso al frente de una banda de soldados y de gladiadores, derribó el templo de Júpiter en Apamea y recorrió el país destruyendo los santuarios; los campesinos lo mataron y la Iglesia lo colocó entre los santos.

Al cabo de poco tiempo, sólo quedaban idólatras en las campiñas; eran éstos labradores que seguían adorando los árboles sagrados y las fuentes, y reuniéndose en recónditos santuarios (1). Los cristianos dieron entonces el nombre de *paganos* (*paisanos*, *compesinos*) á los que hasta entonces llamaron *gentiles*, y ese es el calificativo que la historia ha conservado. El paganismo continuó vegetando oscuramente en Italia, en la Galia y en España hasta fines del siglo VI.

Teodosio. — Hacía ya más de dos siglos, que duraban las incursiones de los bárbaros en el Imperio, cuando salió de las estepas de Asia un pueblo de jinetes tártaros, los hunos, y se arrojó sobre los germanos, que ocupaban la región situada al norte del Danubio. En este punto existía un gran reino germánico, el de los godos, que Ulfilas, un arriano, acababa de convertir al cristianismo. Parte de esa gente, los del oeste ó visigodos, entraron en territorio romano huyendo de la invasión, vencieron á los ejércitos imperiales que querían cerrarles el paso, y se extendieron hasta Grecia. Habiendo muerto

(1) Varios santos recibieron el martirio, lo mismo que San Marcelo, de manos de los campesinos, irritados al verles derribar sus ídolos.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U.A.N.L.

Valente, emperador de Oriente, en la derrota de Andrinópolis (378) el emperador de Occidente, Graciano, tomó como colega á Teodosio, noble español, y le dió con el título de Augusto, la corona de Constantinopla (379). Éste logró rehacer un ejército, evitando grandes batallas con los visigodos, y á fuerza de escaramuzas, los obligó á tratar. Los invasores consintieron en ponerse al servicio del Imperio, y Teodosio les dió tierras en las provincias de la margen derecha del Danubio, encargándolos de defender el paso del río. — Así que hubo arreglado las cosas en Oriente, Teodosio pasó á Occidente, donde el usurpador Máximo (383) había mandado dar muerte á Graciano. Ese Máximo mandaba las tropas romanas en Bretaña (Inglaterra), y abandonando dicho territorio á las incursiones de los montañeses de Escocia, pasó á la Galia con su ejército, derrotó á Graciano é invadió la Italia, quedando dueño de Occidente, mientras Teodosio lo era de Oriente. La lucha entre ellos fué no sólo personal sino también religiosa. El español era católico, hasta el punto de que había reunido un concilio en Constantinopla para condenar la herejía de Arrio (381), y por el contrario, Máximo miraba con prevención á la Iglesia. La guerra tuvo por campo las orillas del Save, donde Máximo fué vencido, preso y ejecutado. — Teodosio dió la corona de Occidente á Valentiniano II, hijo de Graciano, y volvió á Oriente; pero Arbogasto, bárbaro franco, que mandaba las tropas de Valentiniano, mandó matar á su jefe, y no atreviéndose á proclamarse emperador por no ser romano, puso en el trono á Eugenio. Esta fué una lucha religiosa: Arbogasto se declaró por los paganos; pero Teodosio triunfó de nuevo, hizo degollar á Eugenio y quedó siendo emperador único. Su triunfo fué el de la Iglesia catolica. El soberano dictó en 391 el *edicto de Milán*, prohibiendo

practicar la antigua religión. El que ofrecía un sacrificio, adoraba un ídolo ó entraba en un templo pagano, debía ser condenado á muerte como criminal de Estado, y sus bienes eran confiscados en provecho del denunciador. Todos los santuarios del culto romano fueron destruídos ó transformados en iglesias. Así es que Teodosio fué considerado por los escritores eclesiásticos como el modelo de los emperadores; la verdad es que dió ejemplo singular de sumisión á la Iglesia. Los habitantes de Tesalónica se habían sublevado, dando muerte á su gobernador, y derribando las estatuas del emperador; Teodosio lleno de ira mandó pasarlos á cuchillo, y 7000 personas perecieron. Pues bien, cuando el soberano se presentó poco tiempo después en la catedral de Milán, el obispo San Anselmo le salió al paso, le echó en cara su crimen ante todo el pueblo, y declaró que no podía permitir que entrara en la iglesia un hombre manchado por tantos asesinatos. Teodosio reconoció su culpa, aceptó la penitencia pública que el obispo le imponía, y durante ocho meses permaneció en la puerta de la iglesia.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XXVII. — FIN DEL IMPERIO ROMANO (1).

FUSTEL DE COULANGES, *Estudios sobre las instituciones de la antigua Francia.* — TÁCITO, *La Germania.* — GEFFROY, *Roma y los bárbaros* — BORDIER Y CHARTÓN, *Historia de Francia.*

EL MUNDO BÁRBARO EN EL SIGLO IV.

Guerra contra los germanos. — En las márgenes derecha del Rhin é izquierda del Danubio, en los países

(1) De aquí en adelante la *historia de la civilización* se confunde con la de las naciones modernas. Nos limitaremos, pues, á mencionar los principales acontecimientos indicando su influencia en el desarrollo de los pueblos.

llamados hoy alemanes, habitaban pueblos todavía bárbaros, que en Roma llamaban *germanos*, y que eran, como los indostánicos, los persas, los griegos y los romanos, de raza arya, procedentes de Asia, pastores al principio y labradores más tarde, á la vez que guerreros. Dividíanse en varias tribus (unas cuarenta), que se gobernaban con independencia unas de otras y que se hacían á menudo la guerra. Cuando los germanos de la frontera se encontraron frente á frente de los ejércitos romanos, cosa que ocurrió desde el siglo I, empezaron á luchar con ellos. Entonces comenzó la serie de guerras parciales interrumpidas por tratados de paz; las grandes batallas eran escasas, pero en cambio abundaban las incursiones, los incendios de caseríos, la reducción de los habitantes á la esclavitud y, de tiempo en tiempo, algunas grandes matanzas. En el año 18 penetraron en los pantanos y los bosques del Tentoburgerwald tres legiones romanas mandadas por Varo, y las tres perecieron sin que escapase ni un solo hombre (1); pero lo general era que los romanos, mejor armados y disciplinados que los bárbaros, los vencían, los hacían prisioneros y los vendían como esclavos. Las cosas ocurrían así todavía en el siglo IV; un oficial romano, que había servido en esas campañas (2), dice con motivo de la batalla de Estrasburgo : « Los bárbaros nos eran superiores en estatura y fuerza muscular, y nosotros en la

(1) Se ha escrito varias veces, sobre todo en Alemania, que entonces hubo un levantamiento nacional de los germanos contra Roma; y el jefe vencedor, Arminio, ha sido llamado libertador y hasta le han erigido estatuas. La verdad es que Arminio no mandaba sino una tribu, si bien es indudable que la causa de la irritación de ese pueblo fué el horror que le causaban las leyes romanas, que Varo pretendía imponerles. Parece que los guerreros bárbaros, al tener en sus manos á un abogado romano de la escolta de Varo, le arrancaron la lengua diciéndole : Silba ahora, víbora.

(2) Amiano Marcelino.